

LAS CAMPANAS DE LA MUERTE

PARTES II, III, IV y V



JOSÉ RAMÓN MUÑIZ ÁLVAREZ

LAS CAMPANAS DE LA MUERTE

JOSÉ RAMÓN MUÑIZ ÁLVAREZ

Editado por Poesía y Métrica – Blanca Izquierdo Albelda – Cristina Longinotti

ISSN 2660-6224 - Madrid, diciembre de 2023

Con el patrocinio del Centro de Investigaciones Estéticas Latinoamericanas de la Universidad de Chile

© Todos los derechos reservados

PARTE II

BALLESTEROS DE LA TARDE

Para Pilar Muñiz Muñiz

SONETO I

Fue el suyo el corazón más generoso
que nadie conoció sobre la tierra,
y más dulce fue el pecho que lo cierra
en una urna de amor vuelta en reposo.

No dejará jamás de ser hermoso,
más blanco que la nieve de la sierra,
este recuerdo grato que destierra
la muerte hacia su imperio silencioso.

Mas no podrá arrancar tanto cariño,
ni tanto amor ni fe, con insolencia,
la ronda de la noche silenciosa.

No robará el recuerdo de aquel niño
que ayer la vio y, llegada ya su ausencia,
su voz recuerda dulce y temblorosa.

SONETO II

Llegar al cielo quise en raudo vuelo
y el alma rescatar cuando ascendía,
mas no alcanzó la altura que quería
el llanto de los suyos sobre el suelo.

Las llamas derramó el sol en el cielo
como un cristal ardiente de alegría,
mas luego se apagaron, con el día,
sus ojos fatigados de desvelo.

Así será que el horizonte hiera
el rayo más temprano, el alba clara,
un nuevo despertar de primavera.

Y, libre ya su voz, jamás avara,
no será entonces sueño ni quimera
su voz cuando en el sol se reflejara.

SONETO III

Al cielo regresó el alma desnuda
dejándonos en estas soledades,
viajando más allá de las edades,
más lejos del lugar que un mar anuda.

Sus labios se cerraron y, ya muda,
cerró los ojos, llenos de bondades,
y, faltos de certezas y verdades,
al verla así, voló libre la duda:

Dará le el sol más luz de la que hoy hubo,
si quiere, generoso, devolverle
con su rayo veloz el claro día.

Su llama mayor brillo del que tuvo
alegre mostrará cuando encenderle
la antorcha quiera el alba siempre fría.

EL ALBA DESPERTABA

La tarde silenciosa
la espalda volvió al sol que se ponía
con un bostezo hermoso:
el mar estaba en calma
y el cielo despejado,
cuando llegó la tarde,
y el sol dejó escapar su raro overo
y los corceles bellos de su sueño.

La tarde silenciosa
la espalda volvió al sol que se ponía
con un bostezo hermoso:
la paz llenó la brisa
y fue el calor cediendo,
cuando cayó el silencio,
y el sol dejó escapar su raro overo
y los corceles bellos de su sueño.

La tarde silenciosa
la espalda volvió al sol que se ponía
con un bostezo hermoso:
la luz se iba perdiendo
allá en la lejanía,
cuando llegó la noche,
y el sol dejó escapar su raro overo
y los corceles bellos de su sueño.
La tarde silenciosa
la espalda volvió al sol que se ponía.

SONETO IV

Su vida derramó cuando la tarde
el cielo fue vistiendo de tristeza,
febril ayer, alegre en su belleza,
ya tímido, ya triste, ya cobarde.

Voló un gorrión entonces, y un alarde
le dio la luz del sol, vuelto en pereza,
al beso del crepúsculo que empieza
a despojar su llama mientras arde.

Y no borró su rostro la hermosura
ni su semblante por la edad herido
la muerte que en sus fauces apresura.

Del aire fue un suspiro consumido,
del raro aliento extraña quemadura,
su voz cansada, verso en el olvido.

SONETO V

Volvió a brillar el sol, la luz temprana,
mas no fue en su cansado cristalino,
otrora alegre y frágil, peregrino,
como la luz se atreve a la mañana.

La llama ardió, del cielo soberana,
y no cruzó su risa en su camino,
que ya es su lirio en el jardín vecino
la antorcha que se yergue más lozana.

No la hallaréis jamás donde risueña
la visteis otras veces, que un lucero
la arranca hacia el lugar en el que sueña.

Las playas, los arroyos y aún entero
un ponto en las alturas ven por dueña
su voz sobre un altar más duradero.

SONETO VI

Despertará feliz la luz del día
atenta a la belleza del espacio
y el blanco del coral verán despacio
mezclarse en su curiosa algarabía;

Mas no estarás tú ya donde solía
la nieve decorar tu pelo lacio,
el hielo del granizo, ese palacio
de luces que, en tu boca, fue alegría;

que la sonrisa tierna, la mirada
y la expresión más dulce que la aurora,
durmió con el verano su invernada:

hoy vuela a ti, cansada y a deshora,
la lírica más triste ayer usada,
donde los hielos guardan su demora.

EL CREPÚSCULO CALLADO

La tarde cayó cansada
dominando la hermosura
que dio al cielo su figura
cuando nació la alborada.
La belleza derramada
sobre el arroyo callado,
sobre el cielo despejado
y su sublime belleza,
sucumbió con la firmeza
de un sol triste y derrotado:

Los campos adormecidos
que cubrieron las heladas,
hallaron las madrugadas
por el silencio vencidos:
los ocasos malheridos
a los cielos derrotaron,

que, lentos, se resignaron
a perderse entre las sombras
cuando negras las alfombras
su hermosura desgarraron.

Y partiste a lo lejano
con el ocaso y su overo,
para ver el mundo entero
una tarde de verano,
pues sobre un potro lozano
llegaste a la inmensa altura
donde bella tu ternura
feliz contempla los mares,
los campos y los altares
de la sierra y su hermosura.

SONETO VII

Al sol diré que quiera darte amparo,
a las estrellas que el palacio habitan
de noches tristes, cuando allí crepitan
sus fuegos de color, su vuelo raro.

Será el fulgor del sol tal vez más claro:
más brillarán los astros donde gritan
y más luz te darán donde levitan
sus cuerpos temblorosos sin reparo.

Diré al cielo que acoja allá en la altura
la cálida sonrisa, la mirada
que dijo, sin palabras, tu ternura.

Ya no estarás aquí con la alborada
ni habremos donde hallar tanta dulzura,
la llama de tu risa alborotada.

LOS ARQUEROS DE LA TARDE

Las estrellas primerizas
la vieron desde la altura,
cuando llegó su hermosura
a un cielo vuelto en cenizas.
Sobre las viejas calizas
y los montes con empeño,
durmió en el aire su sueño,
como el ángel que, cansado,
Se alza al cielo, fatigado,
entre callado y risueño.

Voló feliz y ligera
a las mansiones sagradas
donde viejas alboradas
anuncian la luz primera,
donde la mira, a la espera
la última estrella del cielo,
donde se desliza el vuelo
de un sol triste y sin alarde
que, declinó, con la tarde,
llorando su desconsuelo.

Y nos deja la tristeza
de la ausencia que deshizo
su dulce gracia, el hechizo
del mirar que con dureza,
con crueldad, con aspereza,
arrancó firme la muerte,
llenando de negra suerte
los ojos que, ya rendidos,
se cerraron, abatidos,
en el silencio más fuerte.

La hará el cielo ser lucero
entre sus muchas centellas,
cuando en su coro de estrellas
brille su fuego sincero.
Allí será duradero
el resplandor más lozano
que, en las tardes de verano

querrá iluminar la altura,
mostrándonos su figura,
como ofreciendo la mano.

Será la aurora, sin ella,
menos clara y luminosa,
cuando la sala espaciosa
llene de luz su querella.
Y la pradera más bella
dormirá bajo la helada,
cuando nazca la alborada
en las sagradas mansiones
donde estrellas y blasones
tornan sus luces en nada.

SONETO VIII

Tu pecho se apagó cuando el semblante
sin luz buscó la luz que no encontraron
tus ojos cuando en vano la buscaron
temiendo no encontrarla en ese instante.

La luz faltó, y buscaste delirante,
al tiempo que los labios se callaron,
tus ojos levemente se cerraron,
y no encontró tu pecho el aire errante.

Hoy rozas, entre escarchas el granizo,
la nieve que los valles más lejanos
esconde con su manto de tristeza.

Qué rápido tu vida se deshizo,
qué frágiles cayeron los veranos,
qué pronto te dio el hielo su dureza.

SONETO IX

La tarde derrotó tu fortaleza
y muerte dio a tus torres y castillos
después de que la sombra los anillos
del sol febril tomó con aspereza.

Su espada, helada y triste, con dureza
tu pecho atravesó y, donde, sencillos,
volaban dos alegres herrerillos
también tu alma voló, rica en belleza.

Llamaron las campanas en la altura,
y alzaron con su largo recorrido
la seca, amarga y triste singladura.

Mil lágrimas oyeron su sonido,
mil lágrimas la paz de tu figura,
mil lágrimas tu amor desde el olvido.

ALZÓ EL MIRAR EL ALBA

Alzó el mirar el alba
con un bostezo claro,
mirando los arroyos
que corren por los campos,
y, entonces, recordó que ya no estabas,
que no estaban aquí tus ojos viejos,
heridos por la vida,
heridos por los años
que por tu voz corrieron largamente.

Alzó el mirar el alba
con un bostezo claro,
mirando los arroyos
que corren por los campos,
y, entonces, recordó que ya no estabas,
que no estaban aquí tus labios tristes,
que aquellos labios tristes

que ya no hablaban nunca
callados como el ángel de la noche.

Alzó el mirar el alba
con un bostezo claro,
mirando los arroyos
que corren por los campos,
y, entonces, recordó que ya no estabas,
que no estaba ya aquí tu blanco pelo,
herido por las nieves
y por la escarcha herido,
después de que fue sueño tu mirada.

SONETO X

No morirá la voz de la esperanza
ni negará su fuego a quien lo quiera
al darle su más grata primavera
a quien valiente espera y no la alcanza.

No morirá la voz por la tardanza
que el tiempo impone, pues, donde la espera
aguarda con paciencia una quimera,
muy pronto será dicha su bonanza.

Que no podrá la daga de la muerte,
si fue tan poderosa al arrancarte,
negarme ahora el capricho de quererte.

Será mi fe feliz con no olvidarte,
mi pecho lo será con no perderte,
será mi voz más clara al recordarte.

SONETO XI

Dejó el tiempo malvado en cada rizo
el blanco más mortal y despiadado,
haciendo su cabello más callado,
más claro que la nieve y el granizo.

Su rostro, que era joven, vio invernizo,
su piel halló vencida y derrotado
un rostro por los años ya cansado,
que, a fuerza de ser bello, se deshizo.

Sus labios un suspiro sacudieron
dejándola en el lecho, ya rendida,
las tardes que por ella transcurrieron.

Así cayó y así acabó su vida:
sus ojos y sus labios descendieron,
quedando para el sueño allí dormida.

SONETO XII

Heló el viento las fuentes del camino
que lloran ya su sueño y que, cuajadas,
recuerdan su alegría, alborotadas
en otro tiempo alegre y peregrino.

Heló el viento, con ánimo mezquino,
las cumbres silenciosas que, nevadas,
aguardan nuevos meses, y calladas,
el rayo esperan, siempre repentino.

Los reinos alcanzó y los horizontes
el beso de granizo que, no en vano,
la sierra mira alegre, aunque dormida.

Heló el viento la falda de los montes
los campos que, risueños en verano,
gimieron al partir de allí la vida.

SONETO XIII

Decid del sol que es fuerte su lucero
para que en él encienda la esperanza,
como un aliento alegre cuya danza
la luz eleva allí donde la espero.

Mas no digáis que, débil, su platero
se extingue ya en la vieja lontananza,
su luz haciendo mísera mudanza
que niega su color al mundo entero.

Ya brilla el sol, y en él una alegría,
que acá en la tierra rompe la tristeza
y da blanco color al alba fría.

Allí la siento, llena de belleza,
corriendo entre los astros con el día,
la vida dando a la naturaleza.

SONETO XIV

Hirió el sol la belleza de la helada,
la escarcha y el granizo que, sagrado,
el alba derritió y, alborotado,
dejó libre correr a su morada.

El viento heló de nuevo a la invernada
la lluvia que, al ser ya cristal cuajado,
tranquila, silenciosa, en este estado,
dejó pasar feliz la madrugada.

Y el sol volvió a nacer en lo lejano
y el rayo a deshacer la nieve bella,
si bien no fue como lo es en el verano.

No pudo, en cambio, aquella vaga estrella
el hielo deshacer del que ya cano,
ornó el cabello con mortal querella.

SONETO XV

Las rosas de la vida deshojaron
las horas sin clemencia, y el rocío
que trajo la mañana del estío
allí donde las noches la miraron.

Rondó después la muerte, y la encontraron
los vientos de la tarde a su albedrío,
en un callado y triste señorío
donde un mirar sincero alborotaron.

Partió Pilar de donde la quería
aquel cariño bello de los suyos
a una morada lóbrega y callada.

Cayeron de su vida los capullos,
segados por la tarde, aunque no fría,
que no le dio esperanza en sus arrullos.

EL BRILLO DEL OCASO

Dejad que vuele
en las lontananzas
el brillo del ocaso
y llene de color el horizonte,
y que, quebrando el día,
la noche se cierna sobre el cielo,
a sus anchas siempre,
con los corceles de la tarde.

Alcanzará los llanos y montes.
Y bosques y lagos.
Y valles serán suyos, y arroyos.

Y, rezando como las sombras rezan,
llegará la noche no esperada,
hiriendo el cielo como un potro airado,
con su tristeza repentina y amarga,

robando bullicio
a las horas que bostezan.

SONETO XVI

No pudo con la luz siempre lozana
la muerte, al arrancarle, con despecho,
el tiempo de la vida, sin derecho,
más claro que la claridad temprana.

La tarde se besó con la mañana
y en muerte se tradujo sobre el pecho
la sombra silenciosa que, al acecho,
tan fatua pareció primero y vana.

Dejó, como si fuera una sortija
cuajada de luz bella y señorío,
la joya de su amor y su ternura.

Cariño hizo su ser extenso río
que, al dar al mar su llanto, aunque lo aflija,
la ausencia de su voz y su dulzura.

LA TARDE DE VERANO

Corrió, lenta y tranquila,
la tarde de verano,
llevando a sus jardines
la luz que la alborada
dejó, con sus pinceles, en un cielo
alegre y cristalino, azul y claro,
como lo son, a veces,
los cielos de las tardes que el estío
regala a los mortales
que esperan la caricia de la brisa.

Corrió, lenta y tranquila,
la tarde de verano,
de un sábado cualquiera
que derramó, vicioso,
el tiempo con sus prisas, sus apuros,
llevándose a la nada
el fuego de la vida bulliciosa
de aquel semblante enfermo,
que a duras penas pudo darse cuenta
de que se iba agotando
como las hojas de una flor marchita.

Corrió, lenta y tranquila
la tarde de verano,
llevándose con ella
la luz del alba clara
que pude hallar aún, bella y valiente,
donde sus ojos claros y tranquilos
callaron al silencio su agonía,
al aire y al espacio,
cuando las horas tristes del crepúsculo
quisieron retrasarse,
sabiendo que era en vano su tardanza.

SONETO XVII

Desde que el hielo hiere su cabello
y llena de granizo su hermosura,
desde que azota el viento su blancura
y mancha en él el alba su destello,

desde que se hace el banco algo más bello
y bella aun más parece su ternura,
desde que su sonrisa es la dulzura
y dulce es su mirar sobre su cuello,

desde que ya su voz, ayer risueña,
se esconde en el silencio de la nada
y desde que su risa ha enmudecido,

en vano aguardo yo la carcajada,
en vano la mirada de que es dueña
y en vano de su voz otro sonido.

SONETO XVIII

El oro del sol bello que renace
al alba que se arroja en mil cascadas,
la plata que desatan las heladas
y el sol riega de luz que las deshace,

la noche que contempla el desenlace
que al traste da con todas sus celadas,
la llama que rompió las madrugadas
donde del astro rey la yegua pace,

la estrella temblorosa que lo mira
desde la altura bella de los cielos
y, tímida, parece que suspira,

ya no verán sus ojos, por los velos
cubiertos de ese sueño que respira
la muerte que en su piel calzó deshielos.

EL PECHO DOLORIDO

El pecho dolorido,
vencido, derrotado,
cansado de la ausencia
que llena, en el recuerdo, tu memoria,
quisiera ser el vuelo
del águila atrevida,
buscándote en la altura
de los atardeceres que se siguen.

Son ellos silenciosos
cuando, al llegar la noche,
se esconden las estrellas
que vieron, en invierno, tu partida,
al tiempo que las luces
del cielo se apuraban,
manchando el horizonte
del oro más hermoso y encendido.

Y, en ellos, es más puro
el sueño de alcanzarte,
de hacerte nuevamente
destello en la retina emocionada,
cobrando de la muerte
la risa más hermosa,
el gesto cariñoso
que en tu mirar febril se repetía.

Tal vez las ilusiones
dispersen hoy las brumas
y dejen que mi vuelo
te alcance más allá de lo pensable,
buscando, en lo lejano,
el ángel silencioso
de tu mirar tranquilo,
sereno como el brillo de dos soles.

SONETO XIX

Tejió el dolor suspiros silenciosos
alzando el filo fuerte de su espada,
cortante como suele la nevada
llenar de hielo montes espaciosos.

Tejió el dolor suspiros donde, hermosos,
vencer pudieron, antes de la helada,
sus labios una larga madrugada
que, a media tarde, trajo sus reposos.

Y se apagó la lumbre donde bella
más clara pareció que el sol luciente
su mágica pupila, clara estrella.

Cedió la vida y fuese lentamente,
el feudo abandonando y la querella
que defender no pudo débilmente.

SONETO XX

No olvidarán jamás su risa tierna
aquellos que con gala recibieron
su gracia, al contemplarla, y la quisieron
igual que ella los quiso, alma materna.

El llanto los conduce y los gobierna,
callado pero firme, pues supieron
sin lágrimas llorarla y lo tuvieron
como un dolor discreto, herida interna.

Y yace ya, mas tuvo ayer más vida,
la rosa más templada y más ligera
de cuantas vio la tierra, allí dormida.

Será el sueño morada, aunque severa,
de su sonrisa dulce y atrevida,
al apurarse triste dondequiera.

SONETO XXI

La hierba dormirá herida en el suelo
y pasarán los osos la invernada,
y, triste en el silencio de la nada,
el mundo será niebla bajo el cielo:

podrán buscar las aves otro suelo
dormido en los secretos de la helada,
de nuevo impertinente, y la nevada
el bosque harán de blanco terciopelo.

No quedarán más rosas ni más flores
que al campo den su vida como antaño,
ni el sol verá en la tierra más colores.

En cambio, no fue el viento quien el daño
dejó impreso en tu rostro y los temores:
el beso fue estival, mediando el año.

SONETO XXII

Rozar no pudo el hielo limpio y duro
de aquella madrugada con empeño
la aurora que, llenándonos de ensueño,
corrió feliz y rápida en su apuro.

Rozar no pudo el cielo el aire puro
al verla despertar a un nuevo sueño
ni darle su mansión, de la que dueño
dejó un corcel hermoso pero oscuro.

Al viento irá su voz, irá su aliento,
cruzando, con la tarde los espacios
que duermen ya la calma de su suerte.

Será ilusión su voz en un momento
y luego será sueño en los palacios
del aire de la nada y de la muerte.

SONETO XXIII

Robaron la ambición de un sol valiente
que quiso derramarse con la vida,
que, abriendo del crepúsculo la herida,
corrió por los paisajes sanamente.

Robaron su color, que, reluciente,
del sueño despertó al alba dormida,
llamándola al lugar donde, escondida,
también se derramó como una fuente.

Robaron un sol claro de altos vuelos,
su gracia, su belleza, su hermosura,
así como la luz la madrugada.

Robaron los colores de los cielos,
sus claros, sus azules, la hermosura
que pronto diluyeron en la nada.

SONETO XXIV

Rindióse el sol y, muerto en su torrente,
dejó volar su luz, que, ya sombría,
las brasas entregó a la noche fría
para ocultar después su bella frente.

Defalleció y rindió el bastión valiente
la vida que en sus ojos se encendía,
sabiendo que moría con el día
la fuerza de su espíritu doliente.

Murió la brisa suave y la mañana
vistió el color callado del olvido
tras el coral febril que se hizo oscuro.

Mas ya faltaba el brillo que, lozana,
en su mirar buscó, si ya vencido,
el aire que al rozarla fue más puro.

SONETO XXV

Lucero hizo el color que hirió una estrella
brotando en las antorchas con holgura,
para, al llenar un vuelo de ternura
y luz, dejarla arder y arder en ella:

más clara pudo herir la luz más bella
con su puñal de sol y de hermosura,
que el cuarto iba llenando de blancura
quién sabe si la muerte o una querella.

Más clara pudo herir, y hacerlo pudo
con besos traicioneros y engañosos
que el aire vicia si se queda mudo.

Así Pilar los ojos aún hermosos
cerró al aire fatal, aire desnudo,
pincel sin luz de versos mentirosos.

SONETO XXVI

La luz cubrió su pelo y tornó helada
la magia del cabello que igualaron
las nieves que su frente dibujaron,
y el tiempo con su rauda pincelada.

Torrentes de alegría en su mirada
recordarán los años que volaron,
y el brillo que sus ojos alumbraron
como el color que vierte la alborada.

También su risa bella se ha apagado
como un suspiro triste de mañana
que lento muere dado al aire cierto.

Su pelo bello fue, si bien nevado,
y en su mirar hallé la luz temprana
de la niñez trocada en un desierto.

SONETO XXVII

Las llamas de la antorcha que prendías
con gana, en tus mirares perezosos,
del alba los corceles orgullosos
negaron cuando más los encendías.

La luz que te envidió cuando los días,
quién sabe si enojados o envidiosos,
corrieron de la vida silenciosos
añora ya la llama que tenías.

Silencio es tu mirada donde sueña
con gozo del sosiego en un retiro
que la hace ser del cielo entero dueña:

silencio es tu mirada o es suspiro
que gime y se lamenta o se despeña
sobre el espacio en blanco de un papiro.

PARTE III

LANCEROS DEL OCASO

Para Gervasio Muñiz Muñiz

SONETO I

Partió de nuevo el buque, y, como un beso,
siguió su estela hermosa dolorido,
un pensamiento triste ya advertido
pues este viaje emprende sin regreso.

De nuevo marca el rumbo, si travieso,
parece alegre el viento que, encendido,
las velas llena al fin y oye el sonido
que causan, sin poder tenerlo preso.

No volverá la nave que del puerto
volver a recordar algo quisiera,
mas sí será por todos recordado.

Naufregará en el ancho desconcierto,
no ya de tantos años de costera,
palacio a las espumas entregado.

SONETO II

El puerto abandonó y un sol ligero
lo vuelve a recordar, que, en su mirada,
alumbra el mar, la magia ensortijada
del ponto que esculpió su mar sincero.

Dejó esta costa ya, viajó al lucero
que, coralina, vierte la alborada,
y en púrpura la enseña disfrazada
nos muestra, al despertar al mundo entero.

Será, entre algas y conchas, sin apuro,
más larga que otras esta singladura
buscando el fondo, siempre más oscuro.

No lo verá la aurora, cuando, pura,
sospechará su nombre, allí más puro,
haciendo de su sueño una armadura.

SONETO III

Será nieve la espuma que se crece
en un templo de furia, será hechizo,
rumor será y un beso de granizo
si no es silencio al fin, donde amanece.

Será la timidez, cuando se mece
callado entre los cielos e invernizo,
un sol que, sobre mares, se deshizo,
si no es la tarde débil que perece.

Será tal vez el mar que, generoso,
sus extensiones muestra y su belleza,
eterno como el cielo y quejumbroso.

Será el verso que, dicho con firmeza
el aire cortará cuando, alevoso,
pronuncie un pensamiento de tristeza.

SONETO IV

No quiso dar sus lágrimas al cielo
que al sol dejó, con tímida prudencia
llorar, desde su azul, aquella ausencia,
cruzando el horizonte por su suelo.

Acaso despertó mayor desvelo
la furia de los mares, su impaciencia,
queriendo darle paz en la aquiescencia
de las profanidades de su suelo.

Sonó una melodía contenida
y en un adiós sin voz, junto a las olas,
su voz cubrió una brava sacudida.

Su espíritu, entre raras caracolas,
reposo halló, ya lejos de la vida,
donde la espuma teje sus cabriolas.

EL CREPÚSCULO

Desnudó el tiempo dorado
al crepúsculo, su hechizo,
mezclando un cielo rojizo
y un astro alegre y callado.
Deshizo el cielo el bordado,
Y, al declinar sin esmero,
descansó el sol, su lucero
durmió en paz donde, agitadas,
las olas dibujó airadas
sobre un extraño platero.

Se hizo silencio y olvido
el rumor que, con las olas,
ruido fue de caracolas,
mansión, palacio dormido,
y, en el cielo, malherido,
valiente acaso y entero,

cayó el sol y su sendero
borraron, desenfrenadas,
del mar las olas cansadas
sobre un extraño platero.

Dibujo fue en las alturas
aquel potro desbocado
cuyo rayo derrotado
iluminó las llanuras,
las frondas, las espesuras,
y, renunciando a su fuero,
dejó de arder con esmero
y sus luces apagadas
reflejó el mar, hechizadas,
sobre un extraño platero.

Sueño halló por los paisajes,
sueño que, como oro viejo,
ardió en un raro reflejo
por recónditos parajes,
y, harto ya de tantos viajes,
inclinándose, sincero,
sin luz quedó el mundo entero
cuando se vieron doradas
las estrellas embrujadas
sobre un extraño platero.

SONETO V

La espuma alegre revolvió en los mares
aquel viento dichoso que bullía,
mirando a un cielo azul donde solía
el sol vestir de ocaso sus altares.

Las olas, con graciosos malabares,
las olas agitaron cuando el día,
perdido casi en sombra, renacía,
tejiendo sus crepúsculos lunares.

El sol cayó y, unida al pensamiento,
quedaba la memoria lastimosa,
aireada por las brisas, por el viento.

Cuajó el cristal la sombra silenciosa,
herido por la helada, cesó el viento,
la noche llegó triste y perezosa.

SONETO VI

Halló el descanso, el sueño merecido,
la paz halló, la calma en un torrente,
cruzando el mar, que, alzada de repente,
el horizonte mira en el olvido.

Es mar su pecho, que, en el mar dormido,
el premio cobra en calma donde, hiriente,
la espuma salta y corre irreverente,
como un sepulcro digno al ya vencido.

El fondo es, sin embargo, ese remanso
donde se viste el agua para el sueño,
sus rizos disfrazando de descanso.

Neptuno lo acogió y él es su dueño,
que halló la paz en un palacio manso
que el mar agita con más loco empeño.

SONETO VII

El puerto dejó atrás y el mar abierto,
como un aventurero entre las olas,
buscó, y el sol que agita sus cabriolas,
buscando otros lugares, otro puerto.

Las velas desplegó por un desierto
acuático de mares, donde, a solas,
buscar en lo profundo caracolas
pudiera el alma bajo un velo incierto.

Al mar volvió, volvió al azul dormido,
el alma, la materia que, a la espera,
el fondo hallará bello y reposado.

El puerto dejó atrás, viajó al olvido,
las velas desplegó hacia otra costera
donde acogió al ocaso el mar airado.

SONETO VIII

Al mar tornó de nuevo el marinero,
palacio de cristal donde, ya muerta,
la luz sorprende entre la espuma incierta
que traza el sol que prende su sendero.

La luz ardió del alba y un lucero
los cielos alcanzó donde, despierta,
la voz de la mañana se concierta
con mares de silencio traicionero.

Ardió la tarde y luego su camino
que el sol herido sigue, paso a paso,
alegre hizo llegar a su destino.

Ardió después la noche, y el ocaso,
errante, silencioso y peregrino,
su torre dejó al sueño con retraso.

SONETO IX

No pudo consumir lo que la muerte
no quiso para sí el ardiente fuego,
que el alma rescató de un reino ciego
su espíritu fugaz, libre a su suerte.

No pudo consumirlo, fue más fuerte
la sed de la ceniza, a cuyo ruego,
lo vio navegar mares de sosiego
la calma que en los mares hoy se advierte.

No pudo desatar de las espumas
el alma aquella llama que, encendida,
con fuerza ardió, si no con tanto brío.

Cruzar el mar podrá, volar las brumas,
gozar la libertad más atrevida,
el aire atravesar a su albedrío.

LOS CORCELES DE LA TARDE

Lucieron gran hermosura
al recorrer viejos cielos
los corceles de la tarde,
que, en un torrente, ligeros,
sobre cordales viajaron
y extensos mares vencieron,
enseñando su belleza
del más claro y blanco acero.

Les dio la aurora blancura,
los hizo el ocaso verso
de corales encendidos,
encendieron sus reflejos
los paisajes al mirarlos
sobre la altura del cielo,
la llamarada envidiando
de los potrillos traviosos.

Corrieron la altura toda
y la carrera vencieron
para en púrpura vestirse,
para enterrarse en el cieno,
en los velos que la noche,
haciendo oscuro el silencio,
y, dejando que, escondida,
teja la helada sus hielos.

SONETO X

La escarcha de su voz ecos extraños
halló en el aire donde aquel hechizo
su risa hizo volar como el granizo,
herido del invierno de los años.

Brotó alegre la fuente y en los caños
de su sonrisa el hielo se deshizo,
y luego buscó el mar en cuyo rizo
de espumas recibiera tantos daños.

Susurran hoy del viejo marinero
las olas mil canciones en las calas;
del sol las canta en tierra su lucero.

La aurora y el ocaso con sus galas
nos pintan su perfil, el cielo entero,
que quiere a las espumas dar sus alas.

SONETO XI

La herida en hielo ardió y la luz cobarde
que en verso alzó los mares que retrata,
el ponto amó, por donde se dilata
la llama de la altura donde aún arde.

Fue el fuego de un torrente aquella tarde
el que imprimió la luz bordada en plata,
un sol que tejió el cielo de escarlata,
reflejo en que cuajó con vano alarde.

La costa el sol miró, que, vagabundo,
al declinar, un pájaro sin plumas,
aquel bajel halló de mundo a mundo.

Las olas se encresparon, las espumas,
los besos de la brisa, y, moribundo,
dejó un rayo de sol sobre las brumas.

SONETO XII

Llegó a puerto el coral que se encendía,
antorcha al despertar de la alborada
que el cielo rompe, siempre alborotada,
como un lucero hermoso con el día.

La noche un velo trajo en que dormía,
donde dejó la paz la brisa helada,
la luz de las estrellas reposada
que el alba con su nueva luz rompía.

Siguió la vida, en fin, y nuevos soles
traerán los ciclos a adornar el cielo,
que vestirán de nuevo su blancura.

Allí hallaremos nuevos arreboles,
memoria allá en los mares y un consuelo,
sabiendo que lo abraza el agua pura.

PARTE IV

LAS MANSIONES DEL SILENCIO

Para José Álvarez Menéndez

SONETO I

Los charcos vio la helada como espejos
del bello resplandor en que, sencillos,
los rayos del sol vieron esos brillos
que prestos dibujaron sus reflejos.

La aurora llegó triste con bermejós
que hirieron de la noche los castillos,
guardada de la voz de los autillos
que mudos se callaron a lo lejos.

Y todo fue silencio de invernada
en esas densidades que el enero
quebró con la crueldad de su dureza.

Preludio de la muerte alborotada,
la nieve fue tan solo en el sendero
que cruza ese paisaje de tristeza.

SONETO II

La altura alcanzar quiso el raudo viento
que se agitó violento en raro rizo,
sabiendo que, si en nieve se deshizo,
primero fue el enero de su aliento.

Halló un color oscuro el firmamento
al ver cuajar la luz de su granizo
en un lugar tomado del hechizo
del aire del invierno ceniciento.

La escarcha, no muy lejos del camino,
miró el paisaje triste, que, callado,
el sol besó con gran melancolía.

Las nieves del enero mortecino
supieron del paisaje derrotado
que supo desbordar la brisa fría.

EL HIELO DE LA ESCARCHA

El hielo de la escarcha
que toma los caminos
y sendas silenciosas
que suelen lamentarse en estos días,
palpita, temeroso,
sabiendo, sospechando
que llega el viento helado del enero
con voces que preludian otra muerte.

El hielo de la escarcha
que toma las veredas
y atajos olvidados
que no verán ya más las hojarascas,
palpita, quejumbroso,
sabiendo, suponiendo
que llega el viento helado de la noche
con voces que preludian otra muerte.

El hielo de la escarcha
que toma las colinas,
los prados y los bosques
que no sospecharán la primavera,
palpita, doloroso,
sabiendo, imaginando

que llega el viento helado de otros reinos
con voces que preludian otra muerte.

El hielo de la escarcha
que toma los jardines
y parques apartados
que no sabrán del alba que no llega,
palpita, perezoso,
sabiendo, lamentando
que llega el viento helado de las nieves
con voces que preludian otra muerte.

El hielo de la escarcha
que toma cada valle
y acaso cada cumbre
que duerme su letargo con paciencia,
palpita, sentencioso,
sabiendo, comprendiendo
que llega el viento helado del granizo
con voces que preludian otra muerte.

SUPO EL VUELO DE UN VENCEJO

Supo el vuelo de un vencejo,
cruzando el aire temprano,
dibujar, en lo lejano,
el más encendido espejo;
que, con su raro reflejo,
bordó el oro, en su alegría,
que el mismo cielo encendía
sobre el cristal de la helada,
donde, al brillar la alborada,
quiso alzarse el nuevo día.

Y, a quebrar la sombra oscura
con los más claros pinceles,
hirió, con puñales crueles,
los corales de la altura.
Y la callada espesura
pudo ver la gallardía

con que al fin la brisa fría
de la noche en retirada
pudo admirar la alborada
que vio alzarse el nuevo día.

Y, galopando violento,
vieron correr aquel rayo,
un agitado caballo
sobre las alas del viento.
Porque, cayendo sediento
donde la vida vivía,
la muerte, con osadía,
supo hallar allí guardada,
que, al nacer de la alborada,
supo alzarse el nuevo día.

Porque fue un pincel mortal
el que trazó su belleza,
alzando la fortaleza
de la gala matinal.
Que siempre fue de coral
la luz que la altura hería,
que, por la senda sombría,
escuchando su llamada,
la muerte halló a la alborada
donde se alzó el nuevo día.

Y, con aire fatigoso,
corrió aquel raro palacio
el destello, en el espacio,
con un bostezo gozoso.
Y fue el eco silencioso
que escucha la serranía
esa muerte que vencía
sobre la vida callada,
porque, al nacer la alborada,
quiso alzarse el claro día.

NO FUERON RAZONABLES

No fueron razonables
los ecos del silencio
que vio perder la vida
a quien dejó su aliento junto a un halo
de sueños que se tejen en la nada
y juegan a ser música
de ausencias que se pierden sin remedio.

Tampoco fueron justos
los ecos de esperanza
que hirieron con dureza
al árbol que luchaba, debatiéndose,
contra esos vendavales inclementes
que no supieron nunca
mostrarse con el mundo generosos.

Mas esos temporales
que llegan repentinos,
se van como vinieron,
y, sin aviso alguno, con apuro,
el aire deja su violencia amarga
y vuelven esas horas
de calma a estos terrenos desolados.

Y entonces es momento
de ver, en el camino,
los árboles que mueren
llevados por el golpe furibundo
que suele arremeter con las tormentas,
contento de arrancar
los árboles del bosque de la vida.

SONETO III

No quiso confesar que estaba herido
por ese mal que lleva hasta la muerte
la voz de la esperanza, cuya suerte
destierra con crueldades de su nido.

Y, sin mostrarse triste ni abatido,
guardaba su dolor, si, siendo fuerte,
más duro que la dura piedra inerte,
a nadie dijo el mal más escondido.

Dejó ya este rincón su pensamiento,
que el tiempo pudo ser menos avaro,
haciendo su maldad más decidida:

La clara bocanada que el aliento
recibe al respirar el aire claro
faltó al final, negándole la vida.

SONETO IV

Más altos vio la noche sus castillos
sabiendo que, si el alma se derrama,
no faltarán las manos de una dama
que su color confunda con sus brillos:

Pinceles de la aurora más sencillos,
los traza con agrado alguna llama,
si el alba se deshace en nuevo drama
que corre con apuro sus pasillos.

Las luces apagaron la hermosura
Del mundo, su color siempre risueño,
Su fuerza, su dulzura y su belleza.

Y triste se hizo entonces la figura
De aquella dama cruel cuyo beleño
Veneno fue robado en la maleza.

LA LUZ BURLÓ DEL ALBA

La luz burló del alba
que nace en los lejanos horizontes
que ven nacer el sol del nuevo día,
diciéndolo imposible,
sabiendo que la muerte
amiga es de las sombras que se esconden.

La luz burló del alba
que sabe de los prados escarchados
que muestran los eneros de mañana
juzgándolo difícil,
sabiendo que la muerte
amiga es de las sombras que se esconden.

La luz burló del alba
que quiebra los cristales de los cielos
que sueñan inocentes otra aurora
pensándolo mentira,
sabiendo que la muerte
amiga es de las sombras que se esconden.

QUISO AYER LA NOCHE OSCURA

Quiso ayer la noche oscura
enfrentarse con la vida,
que, entre la nieve perdida,
rápido el tiempo se apura.
Entre la densa espesura
de los bosques y la helada,
donde reina la nevada
del duro enero invernizo,
junto al ruidoso granizo,
viene la muerte callada.

Quiso luego el rayo ardiente
ver sus fuegos en el cielo,
y, por deshacer el hielo,
se reflejó en la corriente.
Fue la llama incandescente
la que trajo la alborada,
cuya llama engalanada
no vino con alegría,
pues mostró, al nacer el día,
aquella muerte callada.

Y la mañana risueña
la noche quebró profunda
que en la maleza se inunda
de la luz que se hace dueña.
Y al tiempo que se despeña
tanta luz enamorada,
podréis ver la puñalada
que ardió triste y dolorosa
donde la vida gozosa
la muerte alcanzó callada.

Que suele ser doloroso
el paisaje de la muerte,
si es que la quiere la suerte
en ese reino brumoso.
Porque el silencio brumoso
siente que la madrugada
viene, en la noche estrellada,
con un eco de dolor,
que abre paso, sin amor,
a la muerte más callada.

Que suele ser un espejo
en la noche soberana
esa voz de la mañana,
cuando grita el oro viejo.
Y es que el curioso reflejo
que vio el alba alborotada
era su llama cuajada
de singular hermosura
al romper la noche oscura,
flor de la muerte callada.

ABRIR UNA VENTANA

Abrir una ventana
hubiera sido bello,
tan bello como el vuelo de las aves
que escapan de estos mares de amargura,
sabiendo lo que viene
tras esos meses tristes que se acercan.

Abrir una ventana
hubiera sido bello,
tan bello como el sueño de los osos
que buscan en las cuevas su letargo,
sabiendo lo que viene
tras esos meses tristes que se acercan.

Abrir una ventana
hubiera sido bello,
tan bello como el llanto de las hojas
que pierden su verdura en el otoño,
sabiendo lo que viene
tras esos meses tristes que se acercan.

Abrir una ventana
hubiera sido triste,
tan triste como el canto del espíritu
que vuela de este mundo a otros lugares,
sabiendo lo que viene
tras esos meses tristes que se acercan.

SONETO V

Halló el color la helada en el camino
que el alba ayer supuso fatigado,
y a fuerza de saberlo derrotado,
deshizo en él su brillo coralino.

La luz supo del sol teñir en vino
aquel tejido triste que, callado,
en muerte convirtió su principado,
castigo caprichoso del destino.

Sus llamas esparció, llegando el día,
la luz cuyo color llenó los cielos
y el paso le negó a la brisa fría,

Y vino enero lleno de deshielos,
de ausencias, de febril melancolía,
de escarchas esparcidas por los suelos.

SONETO VI

Un reino de silencio cubre el suelo
que sueña la blancura de la helada,
y acaso en las escarchas atrapada
suspira la maleza bajo el hielo.

Las horas se fugaron del deshielo
y nuevamente vino una nevada
a cumbres que la aurora alborotada
admira con callado desconsuelo.

Llorar el sinvivir más silencioso,
soñar una esperanza en el vacío,
viajar hacia los fondos abisales,

también es soportar el doloroso
lamento que, negando el albedrío,
el alba trajo hasta estos ventanales.

NO SUPO DESPERTAR EL MARINERO

No supo despertar el marinero
del sueño en que, sumido,
soñaba con los mares
de mundos olvidados detrás del horizonte.
Amaba los lejanos arrecifes,
los reinos coralinos,
las costas más agrestes,
y el faro que, en la noche, mostraba cada cabo.
Mas supo navegar a todo trapo,
buscar los reinos vírgenes,
imperios alejados
que nunca dijo a nadie, pues eran solo suyos.

SOBRE EL PAISAJE DORMIDO

Sobre el paisaje dormido,
nació bella la alborada,
cuya luz alborotada
al cielo quiso encendido.
Y, sabiendo ya rendido
el baluarte silencioso,
rozando el aire brumoso
al capricho de su suerte,
le dijeron de la muerte
y del llanto doloroso.

Y supo el cielo luciente
de la muerte repentina,
que callaba la neblina
en su discreto torrente.
Y el sonido de la fuente
lo dijo al paraje hermoso,
mientras halló, luminoso,
que le dijo la mañana
de la muerte soberana
y del llanto doloroso.

Y triste quebró la helada
en el pétalo que, herido,
supo mostrarse encendido
ante la escarcha agotada.
Porque la muerte callada,
llegada al lugar gozoso,
con un ánimo furioso,
le dijo a los manantiales
de sus callados puñales
y su llanto doloroso.

LOS LÁNGUIDOS ACENTOS

Los lánguidos acentos
que quieren los otoños
nos hablan de los árboles dormidos
que saben contemplarse,
no lejos del camino abandonado,
en un espejo triste
que forman las heladas a la orilla
del aquel arroyo, firme en su derrota.

Tal vez quiso el otoño,
con aires juguetones,
alzar la vista por el firmamento
y ver cómo las aves,
huyendo de los hielos primerizos,
aspiran a otros climas
acaso menos duros, alejados
de un reino de ventiscas y tormentas.

Los viejos castaños
tal vez no sospecharon
el rubio que se enciende en su hojarasca,
vencida, derrotada
acaso moribunda, porque el aire
parece que la quiere
dejada sobre el suelo humedecido
por barros que conocen las escarchas.

SONETO VII

No puede saber bien la despedida,
sabiendo que es un viaje sin regreso
hacer ese camino en el que, preso,
se aparta tu suspiro de la vida.

Tampoco sabe bien esa bebida
amarga que la muerte torna beso,
un vino venenoso que es exceso
de muerte en tus pupilas decidida.

No importa si es destino merecido
el eco del silencio que ya aguarda
a todo el que nació para la muerte.

Y al fin te vas, con paso decidido,
al sueño en que la vida se acobarda
temiendo que su ausencia la despierte.

SONETO VIII

La muerte no tardó, y en su morada
su beso dejó amargo, que, maldito,
vidrió el mirar, tornando en su granito
lo que era dicha y vida alborotada.

Y no tardó la muerte que, apurada,
su firma imprimir supo en el escrito
del duelo que traslada al infinito
la vida que respira desangrada.

Corrió la madrugada cuando, fría,
la voz en el cristal oyó del viento,
llagada de la noche del paisaje.

Y pudo despedir la luz del día
la llama silenciosa del aliento
callado al iniciar el largo viaje.

LAS LLUVIAS DEL INVIERNO REGRESARON

Las lluvias del invierno regresaron
a aquel paraje gris en el olvido:
el verde malherido del helecho
cedió al rojizo triste de la muerte,
y el pardo del hayedo silencioso
forjó su reino mágico y callado.
Las hojas descendieron, derrotadas,
tras un golpe de viento que, valiente,
rasgó las hojarasca de los bosques,
las sierras olvidadas y las cumbres.

Las lluvias del invierno regresaron
a aquel paraje gris en el olvido:
las nieves de las cimas, los granizos,
supieron de la fuga a otras regiones,
al ver que, en las alturas, los gorriones,
las ánades, las ocas, las serretas
buscaban un refugio más seguro,
rincones apartados y apacibles,
que libres de las lluvias y ventiscas,
vivieran ignorantes de la helada.

Las lluvias del invierno regresaron
a aquel paraje gris en el olvido:
rozó el aliento helado de las brisas
aquel cristal, aquellos ventanales
que hirieron, despertando de su sueño,
las lágrimas calladas del espíritu
que vuela más allá de la arboleda,
que grita la venida del invierno
que nunca perdonó la exuberancia
que tuvo entre sus manos el verano.

Las lluvias del invierno regresaron
a aquel paraje gris en el olvido:
qué duras soledades en el alma
sospechan las poesías que se esconden
en cofres de dolor y de amargura
que dictan sus palabras arbitrarias
al genio de los viejos escritores

que saben describir sus impacencias,
su calma, su fatal melancolía,
bañada de abandono y mezquindades.

LA HERIDA ALCANZÓ EL ESPEJO

La herida alcanzó el espejo
cuando, con su puñalada,
los densos muros de sombra
quiso romper la alborada.
Y sus baluartes vencidos
con luz rindió pura y clara,
los paisajes de la noche,
cuando la muerte ocultaban.

Y el sol, entre resplandores,
la luz tejió para el alba,
encendiendo la hermosura
en lienzos de llama clara.
Y miró, desde la altura,
a la luz de la mañana,
los bosques el sol luciente,
cuando la muerte acusaban.

Y el raro brillo bermejo
la luz tejió para el alba,
que dibujó en lo lejano
el color de la mañana.
Y miró el sol los paisajes
que, tras la noche callada,
bellos corales lucieron
cuando la muerte acusaban.

HALLÓ EL ALBA EL ESPEJO

Tembló el aliento triste de la noche
Y al fin la madrugada, con tristeza,
Su ausencia dijo al aire,
Cuando emprendió el camino de la nada.
La luz del sol nació en la lejanía
Y el alba reflejaron los destellos
De su mirar vidriado,
Cuando emprendió el camino de la nada.
Y luego, con carácter vivaracho,
Las horas se apuraron y, ligeras,
Supieron su partida,
Cuando emprendió el camino de la nada.
Y arremetieron pronto los granizos,
Las nieves, las heladas y los vientos
Que no lo despidieron,
Cuando emprendió el camino de la nada.

SONETO IX

El hielo en la mirada, mortecino,
del sueño habló, que, roto en mil pedazos,
la vida dejó atrás y sus abrazos
el rumbo que le niega su destino.

Y un hilo de dolor en el camino
que supo desatar estrechos lazos,
sonando ya los duros cañonazos
de aquella lucha, abierto desatino.

Dejó el invierno ya a la brisa fría
sus alas liberar a otras mansiones,
castillo en las alturas suspendido.

Dejó ya la mañana el claro día
volar a otro lugar, otras regiones,
sendero de las aguas del olvido.

SONETO X

Su amor dejó la luz sobre los puertos,
sabiendo ya cercana la alborada,
y bella la miró, si, alborotada,
la pudo ver con brillos más despiertos.

Los oros de la aurora, acaso muertos,
la arena rozó al fin en la ensenada
cobrando vida, donde, desatada,
la espuma murmuraba sus conciertos.

Quebrar pudo las grandes fortalezas
rozando, con su aliento peregrino,
los bosques y los campos, las malezas.

Acaso fue el capricho del destino,
si lejos de limar sus asperezas,
su aliento quiso libre en el camino.

HOY FALTA LA PALABRA

Hoy falta la palabra
que pudo errar el aire,
cruzando los espacios,
nacida de su voz, cuando vivía,
pero este reino triste
dejó, sin resignarse,
entre la noche triste y la alborada.

Su voz se apagó pronto,
como ese sol temprano
que afila los puñales,
sabiendo que su beso es tan hermoso
como un canto asesino
que no tiene clemencia,
entre la noche triste y la alborada.

Dejó este reino amargo
y el gris en que se viste
para volar a un mundo
poblado por colores luminosos,
que ciegan pinceladas
tan vivas como el viento,
entre la noche triste y la alborada.

Y se hace triste todo
en el paisaje dulce,
que sabe lamentarse,
si acaso es que lamenta ya la pérdida,
pues el paraje inerte
parece despedirse,
entre la noche triste y la alborada.

SONETO XI

El viento que recorre el mundo entero,
las cumbres vio entre hielos poderosos,
que el beso de la nieve hizo gozosos
sus llantos a la puerta del cabrero.

La helada que la noche hizo lucero,
refleja, en sus cristales temblorosos,
del alba los colores silenciosos
que luce con su rayo pendenciero.

Nació la luz y trajo el desengaño
que forma dio y color al nuevo día,
dejando que se viera su desierto.

Y oyó al nacer acaso el eco extraño
que sabe bien que muere un todavía,
sí, siendo ya pasado, vive incierto.

BUSCAD EN LOS RINCONES

Buscad en los rincones
que quedan descubiertos:
el viejo acantilado se adormece
y escucha los rumores de las olas
que cantan sus romances de tragedias
en playas que no quieren un recuerdo.
Buscad entre las sombras
que guardan cada noche:
las costas sienten siempre la tristeza
de tantas nieblas como traen los mares,
y esperan, impacientes, que amanezca,
sabiendo que la luz querrá borrarlas;
Buscad entre las sombras
que guardan cada noche:
las horas de silencio se suceden
y el sábado aburrido quiere el sueño
que traiga en su regazo los olvidos
a esta quietud acaso insoportable.

SONETO XII

Murió el paisaje gris, cuando, invernizo,
el brillo hirió el crepúsculo que ardía,
tomando en las alturas la osadía
del oro que en la sombra se deshizo.

Mal pudo reflejar el raro hechizo
que vio la luz del alba con el día,
sabiendo que la nieve es nieve fría,
si acaso no es torrente de granizo.

Su huésped, si no quiso ser ultraje,
quién sabe si capricho de la suerte,
la muerte fue en el aire del camino.

Y quiso, peregrino, que el paisaje
supiese del capricho de la muerte,
que en hielo tejer supo el desatino.

PARTE V

LOS FAROS SILENCIOSOS DEL CANTÁBRICO

Para Maripi Muñiz Muñiz

LOS FAROS SILENCIOSOS DEL CANTÁBRICO

Y el sueño de la bruma se hizo beso, flotando en la neblina del Cantábrico, cubriéndonos a todos con sus sábanas. Y vimos que, alejándose en el agua, partía hacia otros reinos, otras tierras, dormidas entre voces melancólicas. Y, entonces, la supimos en el aire, callada con el aire de la tarde, que duerme su silencio misterioso.

Y nadie pensó en guerras ni en batallas, después de aquella lucha con la sombra que cobra los imperios de la noche. Pero ella nos habló desde el crepúsculo, sabiendo pronunciar la despedida que se hace más amarga, cuando llueve. Y es cierto que es amarga, cuando llueve, la voz que se despide como un barco que busca ser abrazo con el cielo.

Tal vez el horizonte nos recuerde que queda siempre un soplo en la memoria, que siempre se hacen verso los recuerdos. Después de todo, el alma, si es que existe, no debe ser distinta de esa brisa que besa nuestros rostros en verano. Y al recordar el nombre de la brisa, la hallamos en "orbayos" diferentes, en "pruvas" insistentes que no cesan.

Y es cierto que nos habla de las playas, del mar, de las espumas, de los mares su voz desde el recuerdo, como entonces: nos habla de los viejos precipicios; de raras aventuras, cuando niña; de bígaros callados, de corales, de arenas y guijarros en la cala que sabe los secretos de los faros que enuncian su rumor en plena noche.

Y, ahora, en los rumores de la noche, querremos, solitarios, su palabra, la voz de aquellas tardes que se fueron. De pronto, es soledad lo que nos queda y

el aire triste y frío del invierno que apunta, siendo marzo, a su silencio. Y siento los murmullos de las olas, que saben repetirse, que conocen el nombre de su espíritu, ya libre.

Pues ella es una concha entre la arena menuda y es la roca del pedrero que siente las batidas de la espuma. La puedes sospechar en cada nube, y el grueso de la nube la contiene, si tiene por mansión mil nubarradas. No ignores que los días de galerna podrá ser en el viento un sueño tuyo que sigue vigilándote, de nuevo.

¡Pero ella era muy joven, sin embargo! Y huyó como las luces de un ocaso, movido por la prisa del momento: de pronto, un sol cobarde se retira, se va a sus aposentos en la nada, se duerme al otro lado del Atlántico... Nosotros vemos ese mar callado que quiere abrir sus brazos a la noche que llega silenciosa, entre las nubes.

Y, ya encendido el faro, la tristeza, la voz de la tristeza, nos avisa de los senderos tristes de la noche. El faro, en San Antonio, que comulga con otros, profiriendo su discurso de luces en los mares de la sombra. Su llama repentina, que no es llama, que sabe dialogar con otras luces lejanas en la noche de los cabos.

De modo que los años van corriendo y el pueblo se transforma lentamente, perdiendo aquel embrujo de otros días. La tienda está cerrada y esa tienda la pudo ver entonces, cuando niña, feliz, despreocupada, era dichosa. No importa la pobreza de esos tiempos, oscuros y más fríos que el presente -las lluvias eran más y las heladas.

Y empiezo a sospechar que todo vuela, y el Nodo no es el mismo del entonces, ni lo es la Baragaña de estos días. No lo es el puerto ya y, entre el recuerdo, las piedras que se ven entre la arena nos hablan de un pasado miserable: los viejos boniteros ya no existen, no existen ya las redes del antaño, las viejas que cosían esas redes...

Y siento que la voz de la memoria nos sabe condenar y nos advierte del tiempo que se escapa entre los dedos. Y siento el aire triste del entonces, como ella lo sintió, volando lejos, perdiéndose en la bruma de la noche. Perdiéndose en la bruma de la noche, sabrás sentir que, como el viejo faro, se pierde y se confunde con el aire.

Parece que se van aquellos tiempos.

SONETO I

La espada alzó el coraje con su aliento,
luchando por el aire, al querer vida,
poniendo fuerza y fe, en cada batida,
atenta a la esperanza de su intento.

El aire se hizo duro y quiso el viento
mostrarse con dureza, si, vencida,
la antorcha derrotó donde, encendida,
la respetó el granizo más violento:

el verso de la helada, en su coraje,
soñando en el palacio de la nada,
le trajo al fin el beso de la muerte.

Su beso vino con la cuchillada
del aire que, callado en el paisaje,
le trajo, con su filo, aquella suerte.

SONETO II

Las playas de Carreño y los pedreros
mantienen su presencia en bajamares,
mostrándola marina en los altares
de los cantiles recios y altaneros.

Lleváronla consigo los arqueros
a navegar muy lejos, a otros mares,
a cielos muy recónditos, lugares
donde soñar con viejos boniteros.

Y el hielo de la tarde trazó el beso
callado de la muerte en cada playa
serena del Cantábrico rendido.

La voz de la marea en su regreso
nos habla y se repite, cuando calla,
sabiéndola en su sueño dolorido.

SONETO III

La brizna de cristal era escarchada,
la luz del sol cuajaba al alba fría,
la llama en que la herida se encendía,
después de ser reflejo de la nada.

El verso del capricho de la helada
también supo callar cuando nacía
la luz de un marzo débil que corría,
jurado darle fin a la invernada.

Y vino abril alegre con su cielo,
llenando los tapices de este mundo
de aromas que llenaron el paisaje.

Y, viendo deshacerse tanto hielo,
su falta recordó el dolor profundo,
después de haber luchado con coraje.

SONETO IV

De pronto, al ver las nubes peregrinas
que alcanzan en la altura a ser viajeras,
recuerdo las lejanas primaveras,
las lluvias en la tierra repentinas.

Las aguas del arroyo cristalinas
cantaban su alegría y, volanderas,
jugaban en el aire las primeras
piruetas de las prontas golondrinas.

Y en esas nubarradas tan lejanas
supuse aquella aurora venturosa,
que trajo a las quebradas los colores.

Y supe allí, entre llamas soberanas,
tu espíritu feliz, cuando, gozosa,
dejaste atrás el mal y los dolores.

NO LEJOS DE LOS CANTILES

No lejos de los cantiles
escucho la voz del agua
que se repite de nuevo,
llamando a la brisa clara.
Y, mientras llama a la brisa,
mientras a la brisa llama,
llama también a las nubes
que en los cielos se derraman.

Y a los viejos boniteros
que, ya con la madrugada,
se perdían a lo lejos,
testigos de la alborada.
Y, por pronunciar un nombre,
viendo despuntar el alba,
tu nombre pronuncia triste
la voz de la mar salada.

Y me dicta versos nuevos
que forman viejas palabras
que saben llorar la ausencia,
cuando se nota que faltas.
Cuando falta el alma tuya,
cuando el espíritu escala
el aire, por ser el aire,
buscando mansiones altas.

Y así dejas cada cabo,
y las playas y las calas,
y las fuentes de tu tierra,
y el rumor dulce del agua.
Y me dictan versos nuevos
con tan antiguas palabras,
que parece que las dices
por su boca desgastada.

Que no hay voz más insistente
que la de las lluvias mágicas
que irrumpen en el crepúsculo,
apagando así su llama.

Pero eres tú la que parte,
la que el rumbo sigue y vaga
en un vuelo que se pierde
por encima de las playas.

SOÑANDO LIBERTADES IMPOSIBLES

Te sigo sospechando
por los paisajes bellos
que tienen nuestras costas,
amiga de la tarde, como siempre;
dichosa con la tarde, como siempre,
si quieres, con la tarde
perderte en lo lejano,
fundirte en lo lejano con los faros,
soñando libertades imposibles.

Y sigo suponiendo
la voz de la poesía
donde antes pronunciabas
relatos de los barcos, como entonces;
palabras sobre lanchas, como entonces,
si quieres ser la tarde,
volar como la tarde,
perderte en lo lejano con los faros,
soñando libertades imposibles.

Y sigo replicando
a todos los pedreros
que mienten cuando dicen
que ya no los visitas, como siempre;
que ya no los frecuentas, como entonces,
si, alzando el alto vuelo,
te vas con la gaviota,
dejándote a la noche de los faros,
soñando libertades imposibles.

Y, libre de la herida
y de las puñaladas
que hienden esos males,

te miro volar alto, como siempre;
te siento volar lejos, como entonces,
mirando hacia el ocaso,
sabiendo en el ocaso
las luces de los faros en la noche
que sueñan libertades imposibles.

Y no he de despedirme,
me quedo con tu risa
y el eco de un relato
de aquellos días fríos, como siempre;
de aquellas tardes frías de domingo,
cantando los romances,
hablando del pasado,
sabiendo sospechar, con cada faro,
que existen libertades imposibles...

SONETO V

La visteis por la senda de la helada,
buscando un horizonte en lejanía,
huyendo como el alba siempre fría
que supo poner fin a la invernada.

Pero ella, que vivía enamorada
de aquella primavera que venía,
no pudo ver la luz que se encendía,
después que la mató la nubrada.

La tarde le ofreció que la partida
cruzara el mar más bravo de la costa,
violento y alterado en esas tardes.

La visteis alejarse y, ya perdida,
mirasteis esa rosa que se angosta
como lo suele hacer el sol cobarde.

SONETO VI

Y huyó a la altura bella una raitana,
buscando el cielo puro y su belleza,
y vimos que partía entre tristeza,
cruzando aquella bruma soberana.

La quise imaginar alma lozana,
dejándola partir en la dureza
de lance semejante y la certeza
de hallar el fin en hora tan temprana.

Y lágrimas que vuelan en la brisa
la pueden recordar siempre dichosa,
amante de su tierra y de lo suyo.

Luchó por mantener esa sonrisa
que tiene, en la frescura de la rosa,
de voz de su rocío en el capullo.

SONETO VII

Se admira en la tristeza de María
el duelo que no huyó por el riachuelo,
si vive donde vive el desconsuelo
que prende lo que acaso nos enfría.

Lo dice su dolor, su frente fría,
el brillo en la mirada que el recelo
acusa donde acusa el raro vuelo
del alba que la enciende entre la umbría.

Y siento ese torrente contenido
que calla, que se esconde, siendo vano,
como aire en un espacio que se agota.

Y el agua cristalina, su sonido,
contempla como sabe el brillo vano
rasgar en sus ojuelos la derrota.

SONETO VIII

De golpe, la imagino golondrina
de mar por el Cantábrico que añora
la voz de su palabra con la aurora,
la aurora de su voz siempre vecina.

El aire la presiente y la adivina
la luz de cada rima vencedora
en ese verso claro que la adora
donde ella es ya palabra cristalina.

Y somos la tristeza del camino
y vemos la invernada por sendero,
bañada por la helada venturosa.

Y quiero ser alegre y peregrino,
colgado de la rama, el carbonero
que llora al despedirse de la rosa.

SONETO IX

Digamos que hubo en viejos boniteros
historias de dolor que, entre penurias,
llenaron de miseria las Asturias,
sus costas, sus caminos, sus senderos.

Y hablaba de esos viejos marineros
mi tía, que sabía de esas furias,
del mar, al que llenaba con injurias,
a costa de sus golpes traicioneros.

Y siento que es la espuma con el día,
si vuelve a esos cantiles y a esas playas
que habitan un Carreño ya apagado.

Pero ella naufragó en la tarde fría
del sábado febril que siempre callas,
mirando ese crepúsculo dorado.

LAS LLUVIAS, PARA MAYO

Para Carmelita. Para las abuelas. Para Maripi

Las lluvias, para mayo,
no duran mucho tiempo.
Después de algunas gotas
le toca al arcoíris, en la altura,
lucir ese pomposo colorido
que brinda la alegría a los más jóvenes.
Pero éramos tan jóvenes...
Los años ya pasaron,
los días y los meses de la infancia...
Y aquellas lluvias eran las de siempre.

Asturias nos ofrece
belleza en cada lluvia.
La Fuente de los Ángeles,
el parque en Santarúa, el apeadero
tenían la extrañeza del entonces.
Y entonces era todo misterioso.
Pensad en el helecho,
pensad en esas primulas
que llegan cuando, ya en Semana Santa,
se pierden los recuerdos del invierno.

El canto de los pájaros
que salen por la tarde,
la voz de los cuclillos
que cantan a su antojo, en la enramada,
ocultos en follajes muy sombríos,
con ese intenso verde de los bosques,
y el beso de la fuente,
tal vez ese murmullo
nos hacen recordar lo que vivimos
en tiempos de estaciones y de trenes.

Aquellas libertades
vivían amarradas
al tiempo de los libros.
Quizás llegar un día al fin de un curso
podía enrarecer esa alegría,

volverla más violenta, más alegre.
Y fueron tiempos raros,
ingenuos, de una parte,
contando las historias de aquelarre
que puede imaginar uno en el monte.

Y aquellos eran montes
y bosques para duendes
que saben de las voces
que suenan en el claro con la luna,
los ruidos de los trenes de otro tiempo,
los cantos de los cárbos de antaño.
Y aquellas arboledas
sabían los secretos
del canto del autillo en la buhardilla
y el eco del ladrido de los perros.

El eco del ladrido,
no lejos de los hórreos,
no lejos de los mares
en costas asturianas, en Carreño,
en estas tierras nuestras de niñeces
que saben disolverse, como el tiempo,
que vuela con el aire,
que escapa con la brisa.
Y vengo a ser un tonto que recuerda,
jugando con la pluma en mis escritos.

Y entonces me doy cuenta:
de pronto, somos viejos,
y faltan las abuelas,
y falta ya mi madre, y, ya Maripi,
buscando cielos altos, si es que hay cielos,
voló con nubaradas diferentes.
Y vengo a darme cuenta
de todo lo evidente:
los versos del Barroco lo anticipan
y solo hay evidencias de la muerte.

Un Góngora lo dice,
Quevedo se obsesiona,
la Parca nos visita.
Y el canto del autillo en primavera

me lleva a los recuerdos del entonces,
y a Chéjov, y al relato de un velorio
con una extraña broma.

De niño yo leía
relatos funerales y curioso
de tiempos de otro siglo, muy lejanos.

Y, siendo yo el que escribe,
pretendo ese regreso
de viejos personajes
vestidos de chistera y de esos trenes
que nunca vi de niño y que escuchaba,
tal vez, en otras bocas, si Maruja
me hablaba, en la buhardilla,
tal vez en esa tienda
que tuvo ya Pilar hace mil años,
en tiempos de dolor y catalítica.

La vieja catalítica.
Y no pasaba frío
Pilar aquellas tardes
de otoño, si era otoño, ni en enero.
Pero es tiempo de lluvias nuevamente.
Y el caso es que, si llueve, ya no hiela.
Y llueve la poesía
por esta Asturias nuestra,
mojándonos con ecos del recuerdo
de aquellos que se fueron sin retorno.

ÍNDICE

PARTE II.....	3
Soneto I.....	3
Soneto II.....	3
Soneto III.....	4
El alba despertaba.....	5
Soneto IV.....	5
Soneto V.....	6
Soneto VI.....	7
El crepúsculo callado.....	7
Soneto VII.....	8
Los arqueros de la tarde.....	9
Soneto VIII.....	10
Soneto IX.....	11
Alzó el mirar el alba.....	11
Soneto X.....	12
Soneto XI.....	13
Soneto XII.....	13
Soneto XIII.....	14
Soneto XIV.....	14
Soneto XV.....	15
El brillo del ocaso.....	15
Soneto XVI.....	16
La tarde de verano.....	16
Soneto XVII.....	17
Soneto XVIII.....	18
El pecho dolorido.....	18
Soneto XIX.....	19
Soneto XX.....	20
Soneto XXI.....	20

Soneto XXII	21
Soneto XXIII	22
Soneto XXIV	22
Soneto XXV	23
Soneto XXVI	23
Soneto XXVII	24
PARTE III	25
Soneto I	25
Soneto II	25
Soneto III	26
Soneto IV	27
El crepúsculo	27
Soneto V	28
Soneto VI	29
Soneto VII	29
Soneto VIII	30
Soneto IX	31
Los corceles de la tarde	31
Soneto X	32
Soneto XI	32
Soneto XII	33
PARTE IV	34
Soneto I	34
Soneto II	34
El hielo de la escarcha	35
Supo el vuelo de un vencejo	36
No fueron razonables	38
Soneto III	39
Soneto IV	39
La luz burló del alba	40
Quiso ayer la noche oscura	40

Abrir una ventana.....	42
Soneto V.....	42
Soneto VI.....	43
No supo despertar el marinero	44
Sobre el paisaje dormido	44
Los lánguidos acentos.....	45
Soneto VII.....	46
Soneto VIII	46
Las lluvias del invierno regresaron	47
La herida alcanzó el espejo	48
Halló el alba el espejo	49
Soneto IX.....	49
Soneto X.....	50
Hoy falta la palabra	50
Soneto XI.....	51
Buscad en los rincones.....	52
Soneto XII.....	52
PARTE V	54
Los faros silenciosos del Cantábrico	54
Soneto I.....	56
Soneto II	56
Soneto III	57
Soneto IV.....	57
No lejos de los cantiles.....	58
Soñando libertades imposibles	59
Soneto VI.....	60
Soneto VII.....	61
Soneto VIII	61
Soneto IX.....	62
Soneto X.....	62
Las lluvias, para mayo.....	63



JOSÉ RAMÓN MUÑIZ ÁLVAREZ. Nació en la villa de Gijón y sigue residiendo en Candás (concejo de Carreño). Su infancia transcurre de manera idílica en dicho puerto, donde pasa su juventud hasta el término de sus estudios. Licenciado en Filología Hispánica y especialista en asturiano, vive a caballo entre Asturias y Castilla León, comunidad en la que es profesor de Lengua Castellana y Literatura. Su afán por las letras y las artes lo ha llevado al cultivo de la poesía.